

¿HAY ALGÚN NOBLE EN LA SALA?

JUGLARES Y CANTARES
EN EL TIEMPO DEL CID



■ El espectáculo

El juglar comienza a recitar el *Cantar de Mio Cid*. Vanidoso, histriónico, utiliza recursos muy variados: música –tocada con instrumentos antiguos–, los títeres y monigotes contruidos con materiales muy rústicos, el canto... Tañe su zanfoña, seguro de las grandiosas emociones que está provocando entre los asistentes; pero a los pocos minutos se da cuenta... ¡de que no han llegado los nobles, el conde, ni el obispo! ¡No hay más que aldeanos! Airado, deja el instrumento, se encara con el público, les interpela... Y comienza otra función dentro de la función, en la que el sirviente que acompaña al juglar, un personaje de máscara, tendrá un protagonismo inesperado...

En realidad, el tema del espectáculo no es el *Cantar de Mio Cid*.



El espectáculo pretende aprovechar algunos de los temas que aparecen en el Cantar para reflexionar sobre asuntos que han ido sobrevolando los siglos, y que conviven con nosotros, y que probablemente seguirán haciéndolo muchos años; pues son temas que surgen de lo más profundo de la naturaleza humana, y son en gran medida los que elevan lo local y concreto a la categoría de universal. Lo son sin duda la convivencia más o menos pacífica o belicosa entre diferentes culturas y religiones; lo es la tensión entre la libertad individual frente a las normas sociales; o el hecho de arrinconar los escrúpulos de conciencia o los principios éticos cuando se trata de alcanzar los objetivos que a uno le interesan.





Todo ello aparece en una narración divertida y repleta de vivacidad de este juglar, mezcla de vagabundo, artista, pícaro y filósofo, descreído de toda vanidad mundana aunque vanidoso, ingenuo aunque malicioso, colérico aunque entrañable. Si le va bien, esa noche cenará caliente en el mesón, y dormirá en jergón de paja. Si le va mal, buscará un coscurro de pan, alguna sardina rancia, y un rincón protegido del aire para pasar la noche. Si le va muy mal... tendrá que salir por piernas del pueblo, y rezar mientras corre por que los lugareños no tengan buena puntería. Pero no le suele ir tan mal.



■ Siglos de juglarías

Truhanes, mendigos, o pícaros; músicos, narradores, titiriteros y acróbatas; propagandistas políticos, al servicio de la autoridad, o críticos feroces e impenitentes de esa misma autoridad; artistas libérrimos y vagabundos, o acomodados funcionarios receptores de pingües subvenciones; amaestradores de monos analfabetos o eruditos que dominaban lenguas clásicas; lanzadores de cuchillos, copleros, caballeros salvajes, hacedores de zamarrones...

En esencia, etimológicamente, el juglar era el que divertía, el que entretenía. Por eso eran amados y esperados, en una época en que el único entretenimiento lo traía el juglar; y por eso eran también odiados y perseguidos, difamados y condenados, por moralistas, clérigos y otras gentes de bien, a los que la libertad, la vida errante y lejos de las convenciones, la sátira y el humor les parecía entre peligroso y pecaminoso, cuando no ambas cosas a la vez. El propio Alfonso X el Sabio pone a los juglares entre lo más infame de la sociedad, al lado de perjuros, alcahuetas y usureros.



A pesar de que muchas cosas han cambiado, en los casi mil años que nos separan de los primeros juglares en lengua romance, la figura de un narrador o comediante que entretiene al público de manera directa y desenfadada, usando sus habilidades cómicas o musicales, está tan viva como siempre a lo largo de la historia. E igual de vivo está el miedo o la prevención de los sectores más rígidos de la sociedad a que esa comunicación directa actor-público derive en irreverencia, sátira, crítica o escarnio a personas o instituciones, a normas o costumbres.

Esta pervivencia nos hace pensar que el derrumbe de la cuarta pared en un espectáculo teatral le puede proporcionar un vigor extraordinario y una energía suplementaria al hecho comunicativo; y que la figura del hombre libre que recorre los caminos y que convoca a las gentes para contarle sus historias sigue suscitando interés entre los públicos más variados.



Juglar Jesús Pescador
Guión Jesús Pescador
Alberto Castrillo-Ferrer

Música, melodías e instrumentos Antonio Poves

Vestuario Marie-Laure Bénard

Carpintería Javier Serrano Vargas

Espacio escénico y utilería Manolo Pellicer

Olga Arnal

Diseño gráfico Fernando Lasheras

Fotografía Mooses

Vídeo Nanuk

Gerencia Teatro Pingaliraina

Producción Rubén Gracia

Dirección artística Mariano Lasheras

Puesta en escena y dirección Alberto Castrillo-Ferrer



C/ Emilio Laguna Azorín, 41
local dcha
50011 Zaragoza
687108605
www.teatrolosnavegantes.com

Colabora

